



Miguel Angel León

José Rivero

U no muere de muy diversas formas y con muy variados atributos, como relatan las esquelas funerarias y testifican las lápidas de los cementerios. Más allá de la prosa administrativa del Registro Civil que certifica una defunción con brevedad abstracta y con pulcritud burocrática. En aquellas se agolpan puestos desempeñados, honores recibidos, lugares de algún escalafón y distinciones ostentadas, en un esfuerzo por sintetizar y compendiar una vida. Como si tal empeño fuera posible y como si una vida se resumiera de forma tan prosaica y simplificada en torno a una imagen estática de premios, galones y jefaturas. A veces tales esquelas y formularios dan cuenta de unas creencias y actitudes que no siempre coinciden con las sustentadas en vida, en un movimiento paradójico hacia el silencio del olvido. Todo ello es un extraño tributo que se paga para no ser olvidado o que pagan otros en tu nombre para exorcizar el olvido que yace en toda memoria. Cuando, curiosamente, se silencia lo que será olvidado aunque no constituya parte de ese boceto del obituario.

Sospecho que habrá quien conozca y relate, Miguel Angel, tus años de formación en Madrid en la Facultad de Medicina y luego en el Hospital de Leganés. La parrilla del Savoy, donde se bailaban los boleros interminables de Lorenzo Valverde y de Lucho Gatica que tanto te gustaban y que a veces imitabas; los partidos del Madrid de Rial y Molowny y el entierro en 1956 de Ortega, al cual te sumaste en un gesto de primera disidencia y distanciamiento del Régimen del cual habías salido. Habrá quien sepa y pueda contar tu perfil profesional como Médico Psiquiatra comprometido con diversas tareas mejor o peor culminadas, pero indicadoras de una insatisfacción o de una necesidad sentida de cambio. De igual formahabrá quien te recuerde, desde las vicisitudes de tu militancia antifranquista, primero en la Junta Democrática —como independiente—, luego en el Partido Comunista y más tarde en el PSOE. Tu casa de Imperio 5, había sido el lugar reparador donde algunos



estudiantes de Madrid como Federico Fontela o José María Mohedano (expedientados y suspendidos en la obtención de su prorróga), habían paliado la dureza de un servicio militar en una plaza de castigo. Se bebían tu güisqui, se duchaban en tu baño y disfrutaban de tus libros que no podían hojear en el cuartel. Todo ese tributo lo pagaste —y así te localizaron en Ciudad Real, según me contaste— por ser suscriptor de *Cuadernos para el Diálogo*.

Creo que te conocí más de cerca, cuando acompañaba hacia 1967 a mi hermana Esperanza a los ensayos teatrales del Teatro Popular de Cultura (Valle Inclán, Norton Wilder, Beckett, Wrocek o el Maese Patelin) en dependencias del piso alto del Casino. Allí estaban Fernando Gabriel antes de irse a Madrid y luego a Londres, los hermanos Sánchez Wolff (Esperanza y Guillermo) y Gustavo Pérez Espejo (aquel estudiante de

Medicina en Murcia que retrata en sus memorias Martínez Sarrión tocando el piano en el Colegio Mayor según me comentaste en alguna ocasión). Te encontré a lo largo de los veranos de esos años en las sesiones del Cine Club Juman, con Paco Badía y Antonio Pascual, en las *soirés* que daban al aire libre y con una pared blanqueada como pantalla de proyección, para mirar a Ford, a Rosellini o a Truffaut. Sesiones que terminaban en la terraza del Bar España, bebiendo café con hielo y hablando de una revista que emergía en esos años como un referente y que se llamaba *Triunfo*. Diez años más tarde, a mi vuelta de Sevilla, te encontré apoyando la librería Oretum con Pepe Aragón, Antonio Pascual de nuevo y otros compañeros. Allí debajo de la casa en la que viví algunos años y en los locales en los que estuve Hanomag Barreiros, Pepe Ortega expuso en 1977 el Decálogo para la Democracia. Allí en la trastienda, al caer la tarde, nos encontrábamos y charlábamos no sólo de libros. El nueve de diciembre último y tras tu estancia hospitalaria de noviembre en la sexta planta del Hospital de Alarcos, hablaba con Tere, tu auxiliar en la consulta y común amiga de ambos, de una reseña periodística de tu conferencia médico-política (así la definía el cronista R. M.) en Torralba celebrada en abril de 1980. Prometí darle una copia para hacértela llegar, como había ocurrido en otras ocasiones anteriores en que te había proporcionado recortes diversos y variados referidos a tí. Dos días después nos decías adiós, de forma sorprendente y dolorosa para todos los que te conocimos, en un sábado inquieto de diciembre en el que las luces eran aún más tenues que otras veces.

Dos días más tarde en Toledo, conocí a las hermanas Díaz Roperero que regentan la librería Hojablanca y que son originarias de tu pueblo Campo de Criptana. Hablamos, ineludiblemente, de tu marcha y me comentaron con tristeza, que su tía —que aún vive— había sido tu niñera o tu primera cuidadora. Como si con ello al volver atrás, se cerrara un bucle de todos los recuerdos de los últimos días. ■